



# Líbano: ni paisaje, ni fin de la batalla

José Antonio Alonso

# C

uando ya se han cumplido dos meses desde el comienzo de la última guerra israelí contra el Líbano, podemos tener la tentación de sacar conclusiones tranquilizadoras: Israel no ha conseguido derrotar a Hezbollah, que se ha visto reforzado; un contingente de tropas de la UE tomarán posiciones en el sur del Líbano bajo mandato de la ONU, no de la OTAN y el propio gobierno israelí se encuentra en dificultades ante su opinión pública.

No obstante, un informe de Naciones Unidas nos hizo saber que el ejército israelí, Shylock redivivo, sembró en las 72 horas que precedieron al alto el fuego, 150.000 bombas de racimo en el sur del Líbano, que seguirán cobrándose su libra de carne durante años.

La política israelí, lejos de ser una locura, es realista: destruir, arruinar y sembrar el caos entre los pueblos que rodean a Israel de forma permanente, no aspirar a la paz, ni siquiera ventajosa, sino a la supremacía incontestada. “Hacer retroceder al Líbano 20 años”, proclamaba Dan Halutz, jefe del estado mayor israelí, como objetivo, sin

duda cumplido sobradamente. Estamos condenados a ver muchas más veces esta misma película, a menos que consigamos que la ONU y una fuerza de interposición internacional se sitúen dentro de las fronteras de Israel con sus vecinos, para proteger a éstos de las agresiones sionistas.

Desgraciadamente, las cosas todavía no van por ahí:

La resolución 1701 fue adoptada después de varias semanas de bloqueo del CS por Washington para dejar a Israel el tiempo para proseguir su agresión. Su iniquidad salta a la vista, puesto que se abstiene de condenar la agresión criminal de Israel para no citar más que el “ataque de Hezbollah contra Israel” y las “hostilidades en Líbano y en Israel” (sic). Da pruebas de una evidente hipocresía pidiendo cesar sus “operaciones militares ofensivas”, sin exigir al mismo tiempo el levantamiento inmediato del bloqueo que éste impone al Líbano. La iniquidad es también evidente, porque la nueva FINUL (Fuerza Interina de las Naciones Unidas en el Líbano) —que, señaladamente, no se despliega más que sobre el territorio del país ocupado— se supone que ha de impedir que su zona de despliegue sea

utilizada para “actividades hostiles de no importa qué tipo”. La resolución 1701 no dice palabra de la protección del territorio libanés contra las agresiones repetidas de Israel, potencia ocupante del Líbano durante 18 años (sin hablar de la porción de territorio ocupado desde 1967).

La resolución 1701 está llena de formulaciones deliberadamente ambiguas, de manera que permita una interpretación en el sentido de una misión de combate, autorizando a la FINUL a desplegarse a lo largo de la frontera con Siria y a controlar los accesos aéreos y marítimos al Líbano.

Estamos ante la utilización de la ONU como tapadera para operaciones militares lanzadas por Washington con la OTAN y otros aliados, como fue el caso de Afganistán desde diciembre de 2001. En buena lógica, una fuerza de interposición debe componerse de tropas de países neutrales. Ahora bien, ninguna fuerza aliada de Washington debería ser considerada como neutral en un conflicto entre uno de los principales aliados de Washington y otro estado. Éste es el caso de las fuerzas de todos los países miembros

*(continúa en la página siguiente)*

*(viene de la página anterior)*

una ocasión su adhesión inquebrantable a las directrices norteamericanas en lo referido a cuestiones económicas y, sorpréndanse, militares. Como Ministra de Sanidad, la actual presidenta mantuvo el execrable sistema de pensiones privadas (definido por Washington como “modélico”), y no movió un dedo por garantizar los mínimos derechos sanitarios de la mitad de la población chilena, sin acceso al sistema privado. Como Ministra de Defensa no dudó en enviar un contingente armado a Haití para defender el régimen impuesto por Estados Unidos. Y como Presidenta ya ha anunciado la imposibilidad estructural de superar las desigualda-

des de clase y su rotunda negativa a reducir la jornada laboral, que en Chile es de 48 horas semanales. La ofensiva mediática que ha saludado su elección en Europa y en Estados Unidos ha olvidado señalar estos datos.

Aprendemos, pues, que no debemos precipitarnos en nuestros análisis. A la vez, hemos de constatar que a pesar de todo existen elementos suficientes para afirmar que algo se mueve en Latinoamérica. Es indiscutible que a lo largo y a lo ancho del continente se ha abierto de nuevo el debate sobre la construcción posible de una alternativa viable al liberalismo. Experiencias como la venezolana o la boliviana demuestran la realidad de la participación de la gente común en los cambios estructurales

de las sociedades, fenómeno nuevo y apasionante. Las organizaciones clásicas de izquierda, también en Europa, se esfuerzan por entender estos procesos, y con más o menos timidez se aventuran a participar en los encuentros internacionales alternativos o altermundistas. La perspectiva internacionalista empapa hoy, afortunadamente, cualquier intento de acercamiento serio a la realidad latinoamericana. Los pasos que se están dando, a mayor o menor velocidad, han de servir para definir una sociedad más solidaria, equitativa y proporcionada, cuyo “Estado” intervendría decididamente en las relaciones de producción y distribución. Parece que, efectivamente, hoy se andan dos pasos adelante y uno hacia atrás. 